PERFILES

Escritoras Iberoamericanas

I

María Enriqueta

MARÍA Enriqueta Camarillo de Pereyra nació en 1875 en la ciudad de Coatepec, Veracruz, donde en prueba de afectuosa gratitud, sus compatriotas le erigieron un hermoso monumento. Su obra literaria se divide en dos aspectos fundamentales: la poesía y la narración.

Su primer libro de poemas, titulado *Rumores de mi huerto*, apareció en México en 1908, y en sus páginas puede valorarse ampliamente la pureza expresional, la honda sinceridad, el gran poder evocativo, la riqueza de detalles y la gracia rítmica que son características constantes de su poesía. En 1922, *Rumores de mi huerto* fué reeditado en Madrid, en un tomo que también incluye otra de las mejores obras de María Enriqueta: *Rincones románticos*. En *Rumores de mi huerto* figuran muchas de las páginas más popularizadas de esta escritora: "Soledad", "*Sad song*", "El afilador", "Dos casas", "El cartero" y "Vana invitación". En *Rincones románticos* hallamos el color mexicano, en esa estampa plena de gracia que dedica a Coatepec; la delicadeza emocional, en ese poema con que finaliza el libro y que titula "Mi testamento".

María Enriqueta —pues todos sus libros están firmados con sus dos primeros nombres— cultiva la prosa con igual éxito que el

verso. Ha publicado las siguientes novelas: *Mirlitón*, *Jirón de mundo*, *Sorpresas de la vida* y *El secreto*, siendo —para nuestro gusto— esta última la que mejor expresa su personalidad y la que posee pasajes más hondos. Traducida al francés, por integrantes de la Biblioteca Nacional de París, *El secreto* fué publicada —hace más de diez años— en “Les cahiers féminins.” También fué traducida al portugués.

Como Gabriela Mistral, de quien es amiga, María Enriqueta se caracteriza —pese a todos los rasgos diferenciales entre ambas escritoras— por cierta humildad franciscana. Es también típico de su lirismo el profundo sentimiento del paisaje y de las cosas, y una dulcísima melancolía. Su prosa y su verso tienen unidad lógica y emotiva: surgen espontánea, naturalmente, sin una palabra de más, ni una palabra de menos.

Ha escrito varios libros para los niños, como *Entre el polvo de un castillo* y *Cuentecillos de cristal*. Sus relatos infantiles se caracterizan por una rica fantasía.

Casada con el cultísimo historiador mexicano Carlos Pereyra —ya fenecido— esta escritora tuvo oportunidad de residir en Madrid y de viajar largamente por Europa.

Delmira Agustini

EL más glorioso título que las actuales generaciones reconocen en esta uruguayaya genial, es el de haber sido la iniciadora de la poesía auténtica e integralmente femenina, en América. Ciertamente que ya Sor Juana Inés de la Cruz había musicalizado —desde su retiro cercano a los volcanes— algún grito de mujer, con nobleza y valentía.

Y cierto, sobre todo, que ya en el siglo pasado, la estadounidense Emily Dickinson realizó una magnífica obra lírica —valorada después de su muerte. Mas lo que Emily Dickinson expresó mejor en su poesía fué el drama de la soledad de la mujer. Y su extraordinaria obra es más bien el reflejo de aquella romántica delicadísima, que gustaba andar siempre vestida de blanco y que —apasionada de la música— prefería escucharla desde el corredor en sombras, apartada de la sala de visitas, en su vieja casa de Boston.

En los intensos poemas de Delmira púdose conocer, en nuestro idioma, la riqueza de los diálogos del corazón femenino, frente a la vida, al amor, al misterio, a la “agonía” en su acepción subrayada por Unamuno, de “lucha, contra la vida y contra la muerte”.

Desgraciadamente, muchos lectores y críticos han valorado únicamente, en las páginas de Delmira, aquéllas en que se expresa su visión erótica. Junto a ellas debemos ubicar —en igualdad y, a veces, en superioridad de valores— sus poemas atormentados de más allá, de sed ultraterrena, de ensueño voraz, de lejanía inasible: poemas en los que la profundidad aparece siempre sublimada por una imaginación luminosísima y un gran instinto musical.

Surgida a la vida literaria en una época en que imperaba la influencia del modernismo (muy especialmente a través de Darío), sus primeros versos, de infancia y adolescencia, revelan esa sugestión. Pero bien pronto halló Delmira su propio camino, en ese lirismo huracanado, de belleza imprevista, de abismos estelares, que posee un acento propio, inconfundible, inmarcesible.

Como la obra de Emily Dickinson, la de Delmira no fué ampliamente valorada sino después de su muerte. Hoy se ubica a ambas poetas americanas junto a los grandes valores de la lírica universal. En las estrofas de Delmira rutila anchamente toda la fuerza lírica, todo el patetismo intenso, toda la vibración humana y cósmica de una personalidad muy noble. Tanto en el soneto (del que son muestras maravillosas "Lo inefable", "La sed", "Por campos de ensueño", "La barca milagrosa", "La estatua" y "Amor"), como en el poema vasto, sinfónico, polirrítmico ("Mi plinto", "Las alas", "Mis amores"), toda la emotividad estremecida de esta artista que padecía frente al frío de las estatuas, se condensa en versos de belleza esencial, en los que una imagen, a veces una sola, resume todo un mundo de sensibilidad, de pensamiento, de música, de humana verdad, de magia estética.

Alfonsina Storni

ESTABA rutilando la primavera de 1938 en aquella madrugada en que las olas marinas cantaron en trágica ronda al cuerpo fino de Alfonsina. No fué en la enorme ciudad que ella tanto amaba, donde se elevó la última burbuja de su vida. No fué junto al río “apagado, brumoso, desolante y sombrío”, como lo había presentado en uno de sus más intensos poemas. Fué el Atlántico bravío, sonoro, huracán, leonado y orgulloso, quien la separó de la vida “mala y divina, dulce y terrible”, como ella la llamó.

Nacida el 29 de mayo de 1892 en Lugaggia, Cantón Ticino (Suiza italiana), debe ser considerada argentina: su vida, sus luchas, sus triunfos, sus dolores, sus fugaces y leves alegrías transcurrieron en el país en que se naturalizó en 1920. Y sobre todo, porque ella fué la más pura expresión de porteñidad lírica.

Si alguien fijó la psicología del porteño en “el hombre que está solo y espera”, podemos afirmar que Alfonsina fué “la mujer sola, que esperaba”. Se había entregado a la vida, en la ciudad apretada, con una generosa avidez de vibración. Y la vida y la ciudad la habían defraudado. Pero ella esperaba, esperaba siempre.

Es sobre todo en *Ocre* —su libro que yo más quiero— donde Alfonsina captó más hondamente el alma de su ciudad. Nada importa que ella no hubiera nacido en Buenos Aires; lo cierto es que en sus calles “tristes, derechas, agrisadas e iguales” ella cantó como una cigarra triste y sola. Y la gran ciudad no fué muy ingrata con ella: le hizo el don de su ironismo sutil, le enseñó a burlarse con elegancia, a reirse con una melancolía bienhechora.

Porque, tenía un espíritu supercivilizado, quiso que la mujer se independizara de sus viejos prejuicios y de sus ataduras. Pero "irremediablemente" ella no pudo librarse del "dulce daño" del amor. Era, pese a su ironismo, una criatura tierna y mansa, frente al "mundo de siete pozos".

Muchas facetas, en unidad perfecta, rutilan en su obra. Ella dijo una vez que sus poetas predilectos eran Baudelaire y Rilke. Pero el pesimismo baudelaireano era como la síntesis del estado de ánimo del París del siglo XIX. Y la agri dulcísima tristeza de Alfonsina refleja matices del Buenos Aires de este siglo. Algunos han encontrado cierta fraternidad entre los poemas de Rilke y los antisonetos de *Mascarilla y trébol*, el último libro de Alfonsina. Sin embargo, la expresión storniana es más dúctil que la del austero poeta de Praga.

En "Camino a los paredones" y otros de sus perfectos sonetos, ella supo bruñir también joyas eternas, en que la poesía descriptiva triunfa ampliamente. Y en *Los coros* mostró cómo sabía darnos en unos pocos versos todo un mundo de sugerencias y trascendencias. Mas ella vive siempre en la pléyade de poetas americanos, como la voz que con más emoción, intensidad, verdad y originalidad supo cantar la vida nerviosa y melancólica de la gran ciudad moderna.

¡Cómo era Alfonsina de valiente y pura, libre, buena, magnánima, rebelde, límpida, delicada y vibrante! ¡Qué bien se reía de los pseudointelectuales, de los mezquinos y de los fósiles!...

Se nos fué en la primavera, en una alegre ciudad turística. Una avenida de nuestro Prado recuerda su nombre. Pero su presencia está, única e inconfundible, en las últimas mañanas del otoño porteño. Esas mañanas en que las esquinas del centro se aroman nostálgicamente de violetas y el espacio está como constelado por las luces amarillas, temblorosas y tímidas, de las altas ventanas que se esfuman en la neblina perezosa.

María Alicia Domínguez

DESPUÉS de aquella trágica noche primaveral en que las aguas bravías del Mar del Plata recibieron la ofrenda de la vida de Alfonsina Storni, más de una vez se ha abierto esta interrogante: ¿Quién reemplazaría a Alfonsina en su primer puesto en la poesía femenina de la Argentina? Tal pregunta no ha sido aún contestada.

Quizá lo cierto sea que, la elevada jerarquía de Alfonsina no será representada, en lo sucesivo, por un solo nombre.

Quizá lo más justo sea considerar que dos o tres o cuatro valores de la lírica femenina se repartirán ese honor. Muchos son los nombres: Silvina Ocampo, Norah Lange, Clementina Isabel Azlor, Ida Réboli, María Granata, Raquel Adler, María Adela Domínguez, María Adela Agudo y varias más. Lo cierto es que, entre los nombres de primera fila, no se puede olvidar a María Alicia Domínguez, con su obra tan vasta como digna.

María Alicia Domínguez publicó su primer libro, *La rueca*, en 1925. Ya en dicho libro quedó dibujada la personalidad lírica de esta argentina. Dibujo —o, mejor *esquisse*— en que se destacaba por la nobleza de sus rasgos. Suma delicadeza en la expresión, música emotiva, gracia y frescura son características constantes en la poesía de María Alicia Domínguez, poesía generosamente ofrendada en sus numerosos libros, en *Crepúsculos de oro*, *Música de siglos*, *Canciones para la niña de Andersen*, *Las alas de metal*, *El nombre inefable*. Por su propio carácter tierno y sutil, su lirismo es, a veces, propio para santificarse en la voz de los niños. En *Las alas de metal* ha cantado, con fervor y originalidad, varios aspectos de Buenos Aires, su ciudad de origen. En tal sentido, corresponde subrayar que su “Pequeña canción al oído de Buenos Aires” es, para nuestro

gusto, el más emotivo y bello elogio a la urbe porteña. En otros de sus libros, su poesía cobra, a veces, suntuosa imaginación. O bien, se llena de intimismo, de una gama emocional que va desde la alegría frenética a la melancolía inexorable.

María Alicia Domínguez, que posee una densa cultura literaria y artística, es asimismo una prosista de estilo sobrio y vivo. Sus libros *El hermano ausente* y *Redención*, así como su biografía de María Sánchez de Thompson, son obras en cuya prosa se advierte la presencia del poeta, sin desmedro para su propia característica, que es, en *Redención*, la de novela rica en planos psicológicos. Y en las narraciones que forman su libro *Idolos de bronce* valoramos, sobre todo, una viviente evocación de ambientes milenarios, de un exotismo lleno de sugestión estética.

Ana Amelia C. de Mendonça

HIJA del ingeniero José Joaquín de Queiroz Junior —uno de los *pionners* de la industria del hierro en el Brasil—, Ana Amelia de Queiroz Carneiro de Mendonça nació en Río de Janeiro, en agosto de 1896.

Desde muy temprano manifestó una viva vocación literaria. Su primer libro, titulado *Esperanças*, apareció en 1911, cuando la autora contaba sólo catorce años de edad. Le siguieron, en el plano poético, *Alma* (1922), *Ansiedade* (1926), *A harmonia das coisas e dos seres* (1936) y *Mal de mor* (1939), obras que ubican a esta escritora entre las poetisas brasileñas de más intensa emoción, caracterizándose asimismo por la corrección de sus medios expresivos y por una espontaneidad plena de gracia, sensibilidad y frescura.

Pero Ana Amelia C. de Mendonça no se ha limitado a la poesía escrita. Espíritu muy de su época, ha hecho de su vida un poema y puesto generosamente su actividad intelectual a beneficio de nobilísimas tareas culturales y de mejoramiento social. Así, la vemos como fundadora y presidenta vitalicia de la “Casa do Estudante do Brasil”, que realiza una amplia y fecunda labor de asistencia, intercambio y cultura. Su obra en la “Casa do Estudante do Brasil” le dió ocasión de presidir el primer Consejo Nacional de Estudiantes y la Primera Conferencia Panamericana realizada en el Brasil.

Su dinamismo y su interés en toda obra cultural quedan evidenciados también en los cargos que ocupa en la actualidad, en el PEN Club del Brasil, en el Consejo de la Asociación de Artistas Brasileños, en la Asociación Brasileña de Educación, en el Instituto Cultu-

ral Brasil-Estados Unidos, etc., así como en los que solidarizan a Brasil y Uruguay, Brasil-Bolivia, Brasil-Chile.

Ha viajado largamente, habiendo visitado, además de Uruguay y Argentina, los Estados Unidos, Panamá, Perú, casi toda Europa, Turquía (donde estuvo en 1935, como delegada oficial del Brasil al xx Congreso Internacional Feminista realizado en Estambul) y diversas regiones de Africa y Asia.

Esta cultísima escritora que tan activamente colabora en la campaña feminista, pero que nunca hizo política ni ejerció ningún cargo remunerado; que posee una notable colección de antigüedades y una magnífica biblioteca en que figuran especialmente obras de arte, sociología, educación, historia y folklore, es una conferencista insigne, que ha disertado sobre temas tan trascendentes como "Estudiantes y universidades del mundo" (1935), "Poetisas y prosadoras brasileñas" (1929), "El estudiante y la paz en América" (1937), "Panamericanismo" (1938), "Saludo a Gabriela Mistral" (1938), etc.

Una de las más interesantes conferencias de tan notable escritora se titula: *Dos meses entre los americanos* y ha sido editada en 1944, en un tomo finamente impreso. Comienza recordando las impresiones del viaje (realizado en hidroavión, en menos de 60 horas, de Río a Nueva York), impresiones que se caracterizan por su tono sobriamente poético, hablándonos del "gran Brasil", casi desconocido, que pasaba bajo el hidroavión: ríos, selvas, sertones, evocaciones del gran libro de Euclides de Cunha. Luego nos presenta la visión de Nueva York, de Washington, de la Unión Panamericana.

Subraya el interés que en Estados Unidos despierta el Brasil, ya en su aspecto cultural como en la vida cotidiana y frívola de los *night-clubs*, al compás de ritmos cariocas. Se detiene en la descripción de instituciones culturales de la gran democracia del Norte: la universidad de Connecticut, "ambiente sano y juvenil, gracia y espíritu de la juventud femenina americana"; la de Princeton, "clásica y solemne"; la múltiple atracción de la Universidad de Columbia". Luego, la vida cosmopolita de Nueva York, las transformaciones que en 1943 le habían impreso las necesidades de la guerra.

Se extiende en sus impresiones acerca de las relaciones entre blancos y negros, recuerda la Navidad neoyorquina, habla de la alimentación y diversiones de los americanos, traza algunos perfiles

literarios, establece sus puntos de vista acerca del intercambio intelectual entre su patria y los Estados Unidos, y termina con esta impresión de la tierra visitada: "un pueblo como éste, capaz de tanto sacrificio, jamás podrá ser vencido. Y retemperado en su misión de libertad, será un ejemplo espléndido para el mundo que va a nacer."

Rachel de Queiroz

UN rasgo diferencial entre los Estados Unidos y los países hispanoamericanos, se encuentra en el campo de las novelistas. Desde Harriet Beecher Stowe (1811-96) hasta Edna Ferber, es grande el número de escritoras estadounidenses que se han dedicado a la novela. Mientras tanto, en los países iberoamericanos sólo dos nombres son realmente trascendentes: el de la venezolana Teresa de la Parra y el de la brasileña Rachel de Queiroz. A estos nombres pueden agregarse otros de autoras que han cultivado el cuento corto.

Las dos novelistas brasileñas más interesantes son Rachel de Queiroz y Dinah Silveira de Queiroz. El primer libro de Rachel de Queiroz, titulado *O quinze*, constituyó la revelación de un auténtico temperamento de novelista. Aparecía ya desbrosada de todo declive sentimentaloides, de toda debilidad de expresión.

En *O quinze* resulta especialmente admirable la nitidez y el vigor con que están logradas las descripciones, los grandes planos telúricos donde se mueve una humanidad angustiada. Porque corresponde subrayar que Rachel de Queiroz es nativa de Ceará, el Estado norestino que —arrullado por “los verdes mares bravíos”— conoce el flagelo de las grandes sequías que hacen unir a los cearenses en grandes y melancólicas caravanas, buscando lugares más clementes.

Rachel de Queiroz ha sentido profundamente este dolor de sus hermanos y lo ha descrito con rasgos definitivos, logrando que el lector se hermane a su emoción. Hay un patetismo subterráneo en sus pasajes, cuya auténtica brasilidad incorpora a esta autora al grupo de los grandes novelistas americanos de nuestros días.

La mejor obra de Rachel de Queiroz es —a nuestro parecer— *As tres Mariás*. No posee, es cierto, ese vigor de otras de sus novelas ni es tampoco una obra típicamente americana. En *As tres Mariás*, Rachel ha buscado —y hallado— dos valores: el sentido universal y la densidad subjetiva. De tal manera, su obra total se enriquece notablemente, constituyendo —en su variedad de facetas— una expresión personalísima. *As tres Mariás* es obra de emoción profunda, ya en la descripción de la vida en un colegio religioso, como en la psicología de esas tres mujeres llamadas María, en sus reacciones, sus anhelos y sus luchas.

El estilo de Rachel de Queiroz, sobrio y pleno de vida, constituye asimismo uno de los mayores atractivos de sus obras. Es un estilo moderno en el buen sentido del vocablo: libre de pesadez, de una agilidad y una frescura muy comunicativas, y —a veces— de un tono sobriamente poético, dentro del auténtico lenguaje novelístico.

GASTÓN FIGUEIRA